

# La lección de don Teófilo Hernando

**Antonio Pereira**

EN la primavera madrileña de años alternos (creo que es la cadencia exacta de este jubileo), unos centenares de fieles se reúnen en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma para recordar a don Teófilo Hernando. Estamos en 1995, por mayo, y una vez más La Lección de don Teófilo

La cita, más que funeral, tiene el color de pascua. Como es justo -y necesario- airear los grandes ejemplos de honradez pública, conviene amplificar los ecos de un segoviano que en la Segunda República española presidió un alto organismo de Cultura y, también, la Asociación Protectora de los Archivos Catedralicios. Un verdadero liberal, y por esto no le estorbaban las iglesias.

Don Teófilo, obviamente, juntó otros muchos méritos. Nació en Torreadrada (1881),

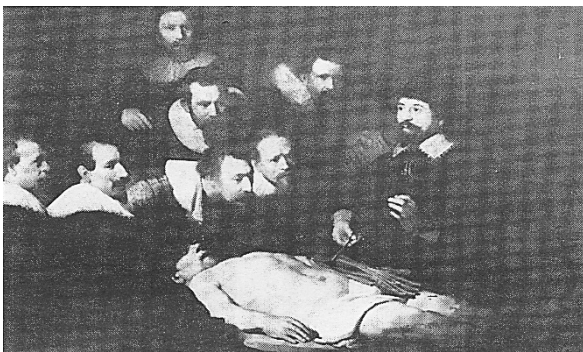


Foto El Norte

hijo de un médico rural, y él mismo se entregó a una profesión que es sacerdocio, aunque nos fastidie el tópico. Uno de los primeros pasos de su vida médica debió de ser la Beneficencia Municipal de Madrid, que a principios de siglo tendría tonos galdosianos. Fue médico forense, fue médico de baños. Lo pensionaron y marchó a las grandes escuelas de Europa. Regresó para enseñar lo que había aprendido, pero

acrecentándolo -hasta el final de una vida muy larga- con el aprendizaje en los libros, en la clínica, y aún más, en el alma de los hombres. Que tuviera añadida la capacidad para investigar sobre Historia y Literatura, para componer libros sesudos -que no quiere decir exentos de amenidad o tochos infumables-, no puede extrañar a quien le haya oído el consejo de que hay que estar ocupados en algo. «En lo que sea, incluso en divertirse».

Se comprende que a Hernando se le tenga por especialista de primera. Pero uno entiende que su gran especialidad fue no tener ninguna, si se quiere significar la dedicación al hombre total, a la vida sin limitaciones, con aquellos ojos suyos que perseguían a cuanto se moviera... O a lo que estuviera velado y dormido, quieto sólo en las apariencias... «La montaña, el aforismo, la fruta, el mar, la anécdota -¡qué chispeante enumeración la que le dedicara Juan Ramón Jiménez!- pasan por su conversación inagotable, y se quedan depositados como las olas, en su lugar

correspondiente».

Laín Entralgo, hace dos años. Y en éste, la presencia del doctor Rodolfo Llinás: *El paradigma general de la neurociencia y su importancia en la biología*. Probablemente, de la lección conmemorativa quedará constancia en publicaciones específicas. Este mínimo narrador, en cambio, pensó su recordatorio para las columnas de la actualidad fluyente y enseñadora.